


CRISTINA PRADA



*Pequeniças
coisas
extraordinárias*

bookat

Cristina Prada

Pequeñitas cosas extraordinarias

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Prada, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2021

Depósito legal: B. 9.369-2021

ISBN: 978-84-08-24443-1

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

1

Mia

Subo las escaleras tan deprisa como soy capaz, con una sonrisa de oreja a oreja. No puedo creerlo. ¡Sencillamente no puedo! Es una noticia alucinante, maravillosa, ¡genial!

—¡Nico! —lo llamo prácticamente a la vez que abro la puerta de nuestra diminuta buhardilla en el distrito siete de París—. ¿Dónde estás?

—¡Estoy aquí, nena!

No necesita especificar ese «aquí», porque sé que se refiere a su rincón, mi preferido de la casa. Hace mucho que podríamos habernos mudado a un piso más espacioso y dejar este pequeño apartamento de un solo dormitorio que recorres en un puñado de pasos y aún te sobran un par para admirar las vistas, pero los dos estamos enamorados de él. Tiene unas ventanas enormes, desde las que se ve toda la calle, llena de adoquines y árboles verdes y frondosos. París se oye a la perfección siete plantas más abajo, repleta del ruido de pisadas, de risas, del choque de las tacitas de café contra los platitos de porcelana, con olor a mantequilla y a vino.

Camino hasta el salón y allí está, sentado a la vieja mesa de madera situada bajo una de las ventanas, la más amplia, con un lápiz entre los dientes, el pelo castaño revuelto y sus preciosos ojos azules clavados en la pantalla de su portátil. Por un momento, la visión me deja paralizada. Da igual cuántas veces lo haya visto así, en ese rincón, escribiendo; es como si me hubiesen hechizado, como si Nico Arranz fuera una parte de mi vida más grande incluso que yo misma. Es tan guapo que duele, con ese tipo de atractivo que te emborracha. No importa que hayan pasado cinco años desde que empezamos a salir; sigo sintiéndome como el primer día que el muy descarado se coló en mi cama.

Nico se da cuenta de mi presencia y se vuelve. Me barre con la mirada de arriba abajo, y una suave y macarra sonrisa se apodera, lenta y cadenciosa, de sus labios, a la misma velocidad que siento que me desnuda con la vista.

Tomándome por sorpresa, en un rápido movimiento, se inclina, me agarra de la muñeca y, tirando de mí, me sienta a horcajadas en su regazo, acomodando sus manos en mi trasero para acercarme más y más a él.

Gimo al mismo tiempo que una sonrisa se me escapaba a trompicones. Os lo he dicho, da igual que hayan pasado cinco años, algo me sigue atando a él, me alimenta. Me hace feliz.

Nico lo sabe y le encanta torturarme, así que, en lugar de besarme como todo mi cuerpo pide a gritos, clava sus ojos azules en los míos marrones y deja que las ganas crezcan, aunque lo cierto es que en este juego participamos los dos, puedo notarlo a través de sus vaqueros y mi ropa interior.

—Rebe me ha llamado —digo, reconduciéndome. No podemos estar enredados o, en su defecto, pensando en estarlo todo el santo día.

Tampoco necesito especificar. Rebe es mi mejor amiga y también la suya, y la novia de uno de sus mejores amigos

y la primera persona que conocí en Madrid cuando me mudé desde Palma de Mallorca para estudiar periodismo allí. Además, fue la chica que nos presentó en la universidad y quien le ha dado el currículum de Nico al jefe de Internacional de *El País*, que acaba de ofrecerle a Nico la posibilidad de convertirse en uno de sus redactores en plantilla. ¡Esa es la gran noticia!

Nico se mordisquea el labio inferior, manteniéndome la mirada.

—Yo también he tenido una llamada muy interesante esta mañana —replica.

Mi sonrisa se ensancha, nerviosa.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunto, impaciente, antes de que las palabras hayan cristalizado en mi mente.

Me encanta vivir en París, pero la idea de poder volver a Madrid, de estar allí con nuestros amigos, más cerca de nuestras familias, es muy, pero que muy, tentadora. Ninguno de los dos hemos nacido allí, tampoco Rebe, Lucas ni Marcelo, pero los cinco decidimos, desde que nos unió la facultad, que esa sería nuestra ciudad, nuestro lugar en el mundo, y, en realidad, ni siquiera es aplicable a toda la capital. Madrid era nuestro Madrid: correr para no perder el metro, tomarnos unas cañas en la terracita de nuestro bar favorito en Lavapiés, perdernos por La Latina, por Malasaña, por el barrio de Las Letras; reírnos, abrigados hasta las orejas, sentados en mitad de la Puerta del Sol mientras nos bebíamos un café para llevar o nos comíamos el mejor bocata de calamares en el bar más cochambroso del planeta detrás de la plaza Mayor. Era todo lo que nos hacía ser nosotros.

Nico entorna los ojos, cargando su expresión de seriedad. Está claro que ha tomado una decisión.

—La chica que ha llamado me ha parecido muy convincente. —Contengo el aliento. Vamos a regresar—. Está decidido. Me cambio a Vodafone.

¿Qué?

Abro la boca, indignadísima, y, tras un segundo y con una sonrisa, lo golpeo en el hombro, lo que nos hace tambalearnos un poquito en la silla.

—¡Estoy hablando en serio! —me quejo.

—Yo también —contraataca con cero remordimientos, riéndose claramente de mí—. Tienen una tarifa de datos cojonuda.

Nico es muchas cosas. Es muy inteligente, descarado, claramente más engreído que la media, testarudo y muy muy impulsivo, capacidades que nunca usa para el bien; de hecho, las usa para todo lo contrario, y aun así no puedo evitar que me tenga ganada, porque entre esas habilidades que siempre utiliza para salirse con la suya está la de ser deliciosamente encantador... además de que el sexo se le da de vicio, rollo castigo divino. ¿Cómo se supone que voy a luchar contra eso?

El siguiente minuto nos miramos en silencio, aunque también podría decirse que nos desafiamos. Yo, con los ojos entrecerrados y una sonrisa en los labios; él, tan mezquinamente sexy como siempre, poniéndomelo muy complicado solo con estar ahí.

—Quiero que aceptes ese trabajo —pronuncio al fin, sin paños calientes—. Quiero volver a Madrid.

Su mirada cambia, de una forma casi imperceptible, pero lo suficiente como para que me dé cuenta; al fin y al cabo, nos conocemos a la perfección.

Mantiene sus ojos sobre los míos y, finalmente, deja escapar, controlado, todo el aire de sus pulmones.

—Yo no quiero regresar —afirma con voz pausada.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre mí. Lo observo sin saber qué contestar. Abro la boca dispuesta a decir algo, pero acabo cerrándola. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla. ¿Qué demonios pretende que responda?

—Nico... —susurro.

Sin embargo, él, intuyendo que se avecina una discusión, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Yo gimo por la sorpresa; forcejeo para soltarme, pero, segundo a segundo, beso a beso, empieza a minar mis defensas. Al condenado se le da de fábula y, ¿recordáis?, nunca usa sus habilidades para el bien.

Me da un beso más corto, pero igual de intenso, y se separa despacio, dejando sus manos en mis mejillas.

Atrapa de nuevo mi mirada para asegurarse de que esta especie de trato implícito está cerrado... pero es que no lo está. Adoro mi vida en París, pero quiero vivir de nuevo en Madrid.

—Es una oportunidad increíble —vuelvo a la carga casi en un gimoteo, y no me equivoco. Estamos hablando de un puesto fijo, en plantilla, nada de *freelance* ni de colaboraciones asiduas, y en *El País*, uno de los periódicos más importantes de Europa—. Nadie desperdiciaría algo así.

Él se encoge suavemente de hombros, con una sonrisa en los labios.

—No lo necesito —replica—. Me gusta lo que hago aquí. Colaboro en varios sitios que me dan libertad creativa y con eso pago las facturas, y el resto del tiempo escribo porque quiero, porque es lo que me gusta.

Ahí no hay nada que rebatir. Tiene razón. Nico escribe reportajes para un par de teles locales de París y una privada a nivel nacional; incluso France Télévisions ha comprado alguna vez alguno de sus trabajos. No tiene contrato exclusivo con ninguna porque él no quiere. Solo trata temas que le importan de verdad, que le mueven por dentro, y lo cierto es que se le da de miedo. El resto del tiempo escribe para él y para mí: cuentos, relatos, la mayoría de ellos sobre nuestro día a día en París, sobre nosotros.

Su sonrisa se ensancha. Sabe que no le falta razón y, más que nada, sabe que yo lo sé.

Necesito un cambio de estrategia. Urgentemente.

—¿No te apetece volver a Madrid? —inquiero con voz ilusionada. París le gusta, pero Madrid le gusta mucho más—. Ir de terracitas —continúo tentándolo—, un concierto de Love of Lesbian en la sala Sol, tomarnos las uvas en la Puerta del Sol, como en una canción de Mecano.

—Ya nadie escucha Mecano —me reta.

—Estoy siendo poética, Nico Arranz, no me lo estropees.

—¿Con música de los ochenta?

—¿Acaso se puede ser poética con otra cosa?

Nico finge sopesar mi pregunta.

—A mí se me están ocurriendo un par —replica, haciendo que las palabras suenen pervertidas en sus perfectos labios.

—No vas a distraerme con sexo —le advierto.

—Pero voy a divertirme mucho intentándolo.

Los dos sonreímos mientras el momento, las miradas, esa suave idea de sexo flotando en el ambiente, nos engullen despacio. Cuando estamos tan cerca, da igual que estemos tratando de que el otro ceda, es muy fácil ser solo nosotros y nada más.

Me muerdo el labio inferior, procurando contenerme. Tengo una misión. No puedo flaquear.

—¿Y qué hay de los chicos? —planteo.

Rebe, Lucas y Marcelo son claramente uno de sus puntos débiles, lo sé porque también son el mío.

Nico me observa un instante más y, finalmente, resopla al tiempo que aparta las manos de mis mejillas. Una sonrisa victoriosa se dibuja en mis labios. Sabía que era una apuesta segura.

—Podríamos volver a vernos todos los días —prosigo, afianzando mi argumento—, no solo en vacaciones, y es-

tarías a una hora y media de Quim y de tu hermano Fernando.

Lo contemplo esperando a que claudique y él se deja contemplar, pero, en la última décima de segundo, cuando ya estoy convencida de que dirá «Vamos a buscar un par de billetes de avión», farfulla algo entre dientes, en francés, como siempre que se enfada de verdad, me baja de su regazo y se levanta de un salto, echando a andar prácticamente a la vez.

—Mia —gruñe con la vista en el techo y las manos en las caderas.

—Es un gran trabajo —empiezo a recapitular—. Yo encontraré otro y podremos volver a Madrid y estaremos de nuevo todos juntos. No entiendo por qué dudas.

No quiero, pero una parte de mí está empezando a enfadarse, porque no puedo entenderlo. Lo hemos hablado cientos de veces. Regresar es algo que queremos los dos.

—Creía que te iba a encontrar dando saltos de alegría —murmuro al fin.

—Me gusta mi vida aquí —contesta, girándose. Está tenso, casi en guardia, molesto. Es más que obvio que ninguno de los dos había pensado que esta conversación se complicaría—. Me gusta lo que tenemos, ¿por qué hemos de cambiarlo por un trabajo en Madrid?

Otra vez no sé qué responder; bueno, en realidad, si lo sé, pero no estoy segura de si es una contestación válida. Yo tengo veinticinco años; él, veintiocho... es normal querer dar pasos hacia delante, un trabajo mejor, una vida mejor, estabilizarnos.

—Porque es lo que se supone que debemos querer —materializo esa idea en voz alta.

—¿Quién lo dice? —me rebate.

—No lo sé...

—¿Qué hay de malo en lo que tenemos ahora? —in-

siste en el mismo segundo en el que vocalizo la última letra—. ¿Dónde está el problema? Me gusta vivir de alquiler, sin hipotecas, sin críos, sin un trabajo fijo que debes conservar aunque lo odies solo porque tienes demasiadas responsabilidades. Solos tú y yo, Mia —y, como siempre, pronuncia mi nombre como su tabla de salvación, como el suyo lo es para mí—, haciendo lo que queramos cuando queramos.

—No se trata de eso —intento hacerle entender.

—¿Y qué será lo siguiente? ¿Dejar de escribir lo que quiero? —casi grita, extendiendo las manos, todavía más enfadado.

—¡Yo nunca te pediría nada de eso!

Jamás podría pedirle que renunciara a eso, es una parte de él.

—¿Y qué demonios estás haciendo en este momento? —me reprocha—. Me estás presionando para que acepte ese maldito puesto en *El País* porque nadie rechaza un trabajo así. ¡Yo quiero quedarme aquí, joder, tal y como estamos ahora!

—¡Tú lo que no quieres es crecer, Nico!

Mis palabras nos silencian a los dos. No es algo que haya pensado, pero lo cierto es que no me arrepiento de haberlo dicho, porque no tengo la sensación de estar equivocada.

Nico me sostiene la mirada y sus ojos azules se oscurecen un poco más, como si hubiese dado de lleno en la diana sin ni siquiera proponérmelo, y, de pronto, visualizo a su padre, acusándolo exactamente de lo mismo cuando no quiso aceptar la beca para ir a Stanford para no dejar París ni dejarme a mí, cuando se negó a aceptar las prácticas después de la carrera y puso sus propias condiciones. Su padre nunca se ha tomado la molestia de escuchar o siquiera conocer a su hijo; solo ha tomado decisiones por él y le ha exigido que las acepté, indignándose cuando

Nico no le ha seguido el juego. Una punzada de culpabilidad lo vuelve todo un poco más negro. Conozco a Nico, sé que no es el bala perdida que su padre se empeña en describir. Además, ¿qué derecho se cree que tiene? Su único mérito destacable ha sido destrozarle la vida a la madre de Nico cuando él y su hermano tan solo eran unos críos.

—Puede ser —ruge con una rabia pausada, pero cristalina; una de esas que te salen de muy adentro—, pero no puedes obligarme a sentir algo que no quiero.

—Lo sé.

—Pues no lo hagas.

Asiento suavemente un par de veces y muchas ideas atraviesan mi mente casi al mismo tiempo. Puede que el trabajo se lo hayan ofrecido a él, pero la decisión de quedarnos o marcharnos nos afecta a ambos. Es nuestra vida, y un posesivo entre dos personas nunca ha estado tan acertado.

—Y lo que yo quiera, ¿no cuenta? —pregunto—. ¿Qué pasa si yo sí deseo dar un paso adelante?

Otra vez me mantiene la mirada, otra vez parece estar calibrándome con ella, la situación.

—Pasa que tendrás que dar ese paso sola.

No grita, ni siquiera se mueve, pero su voz suena dura, incluso impasible. Hemos discutido en muchas ocasiones. Nos hemos gritado. Llevamos cinco años juntos y a veces, sencillamente, nos sacamos de quicio, pero tengo la horrible sensación de que hoy es diferente, porque estamos hablando de algo terriblemente complicado que, por primera vez, nos pone en extremos del tablero completamente opuestos.

—Si tengo que hacerlo, lo haré —le aseguro.

Sin saber qué otra cosa añadir, doy una larga bocanada de aire y giro sobre mis talones. Con la segunda respiración, los ojos se me llenan de lágrimas. Odio discutir

con él, lo odio con todas mis fuerzas, pero todo esto es demasiado importante.

Me encierro en nuestra habitación y, antes de que pueda darme cuenta de ello, empiezo a pasear de un lado a otro, cada vez más nerviosa, cada vez más incómoda, ¡más cabreada! ¿Qué acaba de pasar? Ni siquiera soy capaz de explicármelo a mí misma. Nunca hemos dicho que París fuese definitivo. Siempre hemos tenido claro que volveríamos. ¡Lo hemos hablado un millón de veces! ¿Por qué no quiere regresar? No puedo entenderlo.

Me siento por inercia en el borde de nuestra cama, me dejo caer sobre el colchón y clavo los ojos en el techo, la postura preferida para pensar de Julia Roberts en sus pelis románticas. Resoplo con fuerza y trato de dejar la mente en blanco, pero es completamente imposible.

Fuera oigo a Nico pelearse con el salón, caminar arriba y abajo mientras farfulla en francés, enfadadísimo. Es curioso; normalmente, cabreado, hablas en tu lengua materna, pero, él, no. Desde que llevábamos más o menos un año viviendo aquí, empezó a hacerlo en francés sin ni siquiera percatarse de ello.

Vuelvo a resoplar. No es el momento de recordar detalles que hacen que me parezca más tierno y, al mismo tiempo, aún más atractivo. Es el momento de estar supercabreada. Rebe siempre dice que no sabemos estar de morros y puede que no se equivoque, porque, a pesar de todo, una parte de mí ya lo echa de menos.

Sin embargo, los dos nos mantenemos en nuestros respectivos trece y, durante las tres horas siguientes, no nos dirigimos la palabra. Yo ni siquiera salgo de la habitación. Como no tengo hambre, a eso de las once me pongo el pijama, apago las luces y me meto en la cama. Tampoco sirve de mucho. No consigo dormir.

Más o menos una hora después, la culpa empieza a asomar, señalándome que, tal vez, estoy siendo un poco,

muy, egoísta; que, si tengo la sensación de que él me está obligando a quedarme, quizá yo lo estoy forzando a marcharse... y, por si no fuera suficiente, lo echo más y más de menos. Qué cruz. Definitivamente, Rebe tiene razón y no tenemos la más mínima idea de cómo estar enfadados.

Y, entonces, la puerta se abre. El suave halo de luz que proviene del salón ilumina la estancia a oscuras y el cuerpo de Nico, alto, delgado, pero mezquinamente armónico, se dibuja delante de mí. Da un paso adelante al tiempo que su mano resbala despacio del pomo. Sigue tenso, es obvio, cabreado con el mundo, pero también está cansado de esta situación, de que estemos lejos.

—Nico —lo llamo mientras me incorporo hasta quedar sentada en la cama.

Mi voz suena a medio camino entre un reproche y una súplica. Ni siquiera tengo claro lo que quiero decir, solo deseo sentirlo cerca.

Él no contesta nada. Camina determinado hacia mí, clava una rodilla en el colchón y se inclina para agarrar mi cara entre sus manos y besarme con fuerza. Un gemido cruza mis labios, lleno de alivio y de un deseo loco que ha convertido los «lo echo de menos» en «lo necesito».

—Mia —susurra contra mis labios mientras me tumba de nuevo en la cama y él lo hace sobre mí—. Lo siento, joder. Lo siento muchísimo.

—Yo también lo siento —respondo entre besos.

Nos las apañamos para apartar las sábanas y la suave colcha y Nico se abre paso entre mis piernas.

—Si quieres que nos quedemos aquí, nos quedaremos aquí —afirmo, acelerada, jadeante, trémula—. No importa. Solo quiero estar contigo.

Él deja de besarme y todo mi cuerpo protesta. Se aleja lo justo para poder atrapar mi mirada y, sin levantar sus manos de mis mejillas, escondiendo la punta de sus dedos en mi pelo, sonrío.

—Me da igual el puto pedazo de tierra donde vivamos —sentencia—. Yo solo te necesito a ti.

Su sonrisa se contagia de inmediato en mi boca.

—Te quiero —pronuncio, porque es lo único que me apetece hacer.

—Te quiero, nena —susurra justo antes de volver a estrellar sus labios contra los míos.

Se deshace de mis pantalones, de mis bragas, desabrocho sus vaqueros y sellamos el trato como los dos sabemos que debemos sellar las cosas importantes: con besos, risas y gemidos.

* * *

Nico y yo nos conocimos el 29 de septiembre del 2014, seis años antes. Era mi primera vez en la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense y me parecía un edificio enorme y laberíntico. Supongo que también debía sumarle que estaba hecha un flan. Nunca había estado lejos de casa ni de mi ciudad por algo más que un par de días y, aunque era justo lo que quería, no podía evitar sentir un poco de miedo.

—Perdona —llamé la atención de una chica rubia en mitad de uno de los pasillos de la segunda planta—, estoy buscando el despacho del profesor Sepello. ¿Puedes ayudarme?

Ella asintió.

—Está en la cuarta planta. Es el treinta y algo o el cuarenta y algo. En cualquier caso, a la derecha, al fondo.

—Gracias —respondí con una sonrisa, y me encaminé de vuelta a las escaleras.

Sin embargo, dicho piso era todavía más confuso que el que había dejado atrás. Los letreros brillaban por su ausencia, reinaba un silencio sepulcral y no había una sola alma a la que preguntar, algo bastante curioso teniendo en

cuenta que el vestíbulo y toda la planta baja estaban atestados de estudiantes.

Estuve deambulando, intentado dar con el dichoso despacho, al menos durante media hora, hasta que me di por vencida y regresé al enorme *hall*. Quizá allí encontraría algún tipo de cartel informativo o podrían resolverme las dudas en secretaría.

Me crucé con algo así como un millón de alumnos y al fin me topé con un tablón inmenso donde había colgado todo tipo de comunicados... aunque ninguno que me fuera útil; alcancé esa conclusión después de otra media hora perdida revisando cada papel.

Resoplé, agobiada.

—¿No ha habido suerte?

Me giré hacia la simpática voz y vi a la misma chica rubia que me había ofrecido las indicaciones antes.

Negué con la cabeza.

—Es un desastre —claudiqué—. Mañana es mi primer día de clase y no he encontrado a ninguno de los profesores con los que se supone que debo hablar —le conté, mostrándole la hoja donde tenía anotados los nombres.

Ella me lo quitó de las manos sin preguntar y lo examinó, frunciendo el ceño un instante después.

—Estás en el turno de mañana —razonó—. Todos estos profesores son de ese turno, así que no vas a dar con ellos ahora, por la tarde.

«Maldita sea. ¿Cómo no he podido caer en eso?», me regañé.

—¿Y la secretaría? —pregunté, esperanzada—. ¿Está abierta por las tardes?

—Sí —respondió, y automáticamente sonreí—, pero tú necesitas ir al vicedecanato de alumnos y esos solo están por la mañana.

Volví a resoplar. ¿En serio? ¿Por qué me estaba saliendo todo tan mal?

Mi actitud pareció hacerle gracia, porque ella sí sonrió.

—Parece que estás un poco estresada, ¿por qué no te vienes a la cafetería? —me ofreció—. Mis amigos me están esperando allí.

Era nueva en la facultad. Nueva en la ciudad. No conocía absolutamente a nadie y su idea me sonó francamente bien.

Asentí, de nuevo con una sonrisa, y la chica se giró al tiempo que echaba a andar y me indicaba que la siguiera con un movimiento de cabeza.

—Me llamo Rebeca —se presentó.

—Yo, Mia.

La cafetería era gigantesca, con unos enormes ventanales del suelo al techo que cubrían la pared principal y ofrecían una bonita vista de la entrada a la facultad. Tenía una barra kilométrica justo al frente y, a pesar de estar repleta de camareros con pajarita negra y chaleco, daba la sensación de no dar abasto al aluvión de alumnos.

Rebeca fue flechada hasta una de las mesas y se detuvo junto a un chico con el pelo castaño y rapado que le rodeó la cintura con el brazo. Yo me quedé un paso más atrás. No soy una persona tímida, pero tampoco la más extrovertida del planeta; me muevo en un cómodo término medio.

—Chicos —llamó la atención de los tres—, os presento a Mia. Mia, estos son Marcelo, Lucas y Nico.

Avancé hasta colocarme a su lado y sonreí al tiempo que alzaba la mano suavemente.

—Hola —los saludé.

—Hola —respondieron al unísono.

El que le rodeaba la cintura era Lucas, que tiró de ella para hacer que se inclinara y besarla en los labios. Por la familiaridad con la que se movía junto a ella, quedó claro que debía de ser su novio. Marcelo tenía el pelo rubio

oscuro y un corte en diagonal de esos hipermodernos, de anuncio de cerveza pija. Era muy delgado, pero parecía muy elegante. Me sonrió y, como me pasó con Rebeca, me pareció muy simpático, una de esas personas en las que sabes que puedes confiar.

Moví la mirada y me topé con Nico, aunque él estaba prestando toda su atención a lo que estaba hablando con Lucas y ni siquiera me miraba a mí. Era muy guapo y me sorprendí a mí misma cuando eso fue lo primero en lo que pensé. Tenía el pelo castaño, los ojos increíblemente azules y una sexy barba de un puñado de días le recorría la mandíbula. Era muy atractivo y tenía la sensación de que nunca había conocido a un chico así, aunque, con toda franqueza, ni siquiera pudiese explicar qué lo hacía tan diferente a los demás.

—Siéntate con nosotros —me ofreció Marcelo.

Sentí como si me sacaran de una burbuja y me obligué a asentir rápidamente para luego coger una silla de otra mesa y colocarla donde Marcelo me indicó, entre Rebeca y él.

—Cuéntanos algo de ti —me pidió esta—. Antes me has dicho que mañana es tu primer día.

Asentí de nuevo.

—Sí, me aceptaron en la convocatoria de septiembre. Me llamaron hace dos días para decirme que tenía la plaza, así que todo está siendo un poco locura.

Marcelo y Rebe sonrieron. Lucas y Nico seguían a lo suyo. Sin quererlo, volví a quedarme observándolo. Sonrió a algo que le dijo su amigo y unas cosquillitas diferentes y glotonas se apoderaron de mi vientre. Es cierto que era guapo, pero también que no era el primer chico guapo que veía. ¿Por qué me sentía así, entonces?

—¿De dónde eres? —preguntó Marcelo, devolviéndome a la realidad.

En ese momento, Nico se levantó, llamando la atención de todos, le susurró algo a Lucas con una sonrisa de

lo más macarra en los labios y se dirigió a la barra. Todos lo siguieron con la mirada, así que me sentí libre de hacer lo mismo.

Se detuvo frente a una chica con unos vertiginosos tacones, a pesar de que era un miércoles cualquiera en una facultad, y un elegante bolso que le colgaba del hombro. No pude oír que le dijo, pero ella tardó algo así como diez segundos en sonreír.

—Otra que ha caído —aseguró Rebeca, con una divertida resignación.

—Es casi irritante ver que absolutamente todas le dicen que sí —continuó Marcelo.

—Pero ¿por qué resulta irritante? —planteó Lucas, burlón—, ¿porque son todas o porque no son todos?

Marcelo le dedicó un mohín y Lucas y Rebe sonrieron. Yo fruncí el ceño, un poco perdida.

—Aquí, nuestro Marcelo —me explicó Lucas al ver mi confusión— es el tío más gay de toda la facultad.

—Qué ofensivo —se quejó él, clavando los ojos en Lucas y, de pronto, la situación se volvió algo incómoda. No parecía que el comentario de su amigo le hubiese hecho mucha gracia—. Soy el tío más gay y más guapo —especificó con vehemencia— de todo Madrid.

Automáticamente toda la tensión se esfumó y los cuatro sonreímos.

—Nos estabas contando de dónde eras —dejó en el aire Marcelo.

—Soy de Palma... de Mallorca —añadí para evitar confusiones.

—Coño, qué casualidad —replico, enérgico, Lucas.

Volví a arrugar la frente. ¿A qué se refería? Abrí la boca dispuesta a preguntárselo, pero una risa volvió a robar nuestra atención y los cuatro llevamos la vista hacia la barra, a tiempo de ver a la chica de tacones desorbitados echarse hacia delante, todavía riendo a carcajadas, a la vez

que clavaba sus ojos en Nico. Él sonrió mezquinamente sexy, y también se inclinó hacia delante. Dijo algo, no alcancé a averiguar qué, y ella asintió deprisa.

—Es un lígón de playa —comentó la jugada Rebeca.

—Como siga así, acabará robándole el récord a Bertín Osborne —observó Marcelo.

—Ahora que vuelve a salir en la tele, habrá mejorado sus números —apuntó Lucas.

Marcelo torció los labios, sopesando sus palabras.

—No sé yo —sentenció al fin—. ¿Has visto la velocidad de movimiento de nuestro Nico? Está en modo Julio Iglesias.

Sonreí, casi reí, no solo por el comentario, sino por la vehemencia con la que lo había dicho, como si Bertín Osborne o Julio Iglesias fueran baremos regulados por la Unión Europea para medir la capacidad de ligar de cualquier persona.

—¿Podéis dejar de hablar de señores antiguos? —pidió Rebe, a punto de echarse también a reír.

—¿Por qué? —la desafió Marcelo, achinando la mirada—. ¿Te ponen?

—A mí no me pone ninguno de los dos.

—Mentirosa.

Y, entonces sí que sí, todos, incluida la propia aludida, rompimos en carcajadas.

Sin embargo, mi mirada no tardó en volar a la barra de nuevo, y juro que fue algo que ocurrió inconscientemente. ¿Qué tenía ese Nico? De pronto, la curiosidad me estaba matando. ¿Qué le había dicho a aquella chica? ¿Por qué ella parecía estar completamente hechizada? ¿Y por qué yo seguía observándolos a los dos como una idiota?

Mi propia reflexión me hizo apartar los ojos y centrarlos en mis manos sobre la mesa, aunque el ataque de sentido común duro poco y un puñado de segundos después volví a dirigir la vista en su busca. Era objetivamente muy atractivo, nadie podría negar eso, como no se puede negar

que los sugus azules son los que están más ricos, pero también había algo más... algo que salía de él, que te hacía imposible dejar de contemplarlo, como si las palabras *seguridad*, *rebeldía*, *elegancia* y *canallería* fueran innatas en él y las desprendiera en forma de luz.

Nico movió la mirada y me pilló de lleno; aparté la mía rápidamente, pero pude notar cómo, durante unos instantes, sus ojos azules siguieron sobre mí, abrasándome donde se posaban.

Conté mentalmente hasta diez y levanté la cabeza de nuevo. Él ya no me prestaba atención; toda volvía a ser para aquella chica.

Nico volvió a sonreír, le dijo algo, una sola palabra, y los dos salieron juntos de la cafetería.

¿Qué me estaba pasando? Ni siquiera entonces, que ya se había marchado, podía dejar de observar la puerta por la que lo había hecho.

El ruido de una silla arrastrada por el suelo atravesó la sexy atmósfera que parecía rodearme y me forcé a regresar a la conversación. Era Lucas, levantándose a por un vaso de agua.

—Esta tarde vamos a ir al cine —me contó Rebeca—. ¿Te apuntas?

—No puedo —dije, repasando a la velocidad del rayo todo lo que debía hacer—. Tengo que ver varias habitaciones de alquiler. Aún no tengo dónde quedarme.

Mi padre me había reservado una habitación en un pequeño hostel no muy lejos de la facultad, pero obviamente era una solución temporal. Necesitaba encontrar mi propio piso compartido.

De repente, a Rebeca se le iluminó la mirada y Marcelo sonrió, cómplice.

—Lucas está buscando compañero de piso —me explicó—. El que tenía se ha ido de Erasmus. El piso está muy bien, dos habitaciones y un baño, en Lavapiés.

El interesado apareció en ese preciso instante y volvió a sentarse, prácticamente dejándose caer. Tardó un segundo de más, pero al final se dio cuenta de que todos lo observábamos.

—¿Qué? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—Mia está buscando piso —le informó Rebeca.

Él llevó su vista hasta mí.

—No quiero que esto parezca una encerrona —me apresuré a aclarar, alzando las manos y moviéndolas suavemente—. No nos conocemos y entendería que no te apeteciera compartir piso conmigo.

Lucas me observó cinco largos segundos más, en los que los tres se quedaron en el más absoluto silencio, consiguiendo que esa porción diminuta de tiempo se me hiciera eterna.

—Mola —concluyó al fin.

Rebe sonrío, como Marcelo, incluso dio unas palmaditas, mientras yo echaba todo el aire que sin darme cuenta había contenido. ¡Tenía casa!

—Son quinientos al mes, con gastos incluidos —continuó Lucas.

Asentí. Era un precio más que razonable.

—Toma —añadió, metiéndose la mano en el bolsillo, sacando un manojito de llaves unidas por un llavero de un equipo de fútbol, aunque no supe identificarlo, y otro de una conocida marca de ropa surfera. Separó una anilla más pequeña de la que colgaban dos llaves y me la entregó—. Yo entraré con las llaves de Rebe —me explicó.

Las cogí por pura inercia, aunque con ellas en la mano me quedé quieta, francamente extrañada. ¿No iba a esperar a que le diera la fianza ni a que firmásemos un contrato?

Nuestros dos espectadores se lo quedaron mirando sin que Lucas entendiera por qué hasta que Marcelo soltó una risotada incrédula.

—Animal —le recriminó a Lucas, divertido—, primero tendrá que ver el piso y pagarte el mes y la fianza.

Lucas oyó las palabras de Marcelo y finalmente se encogió de hombros otra vez, restándole toda la importancia del mundo.

—Me cae bien —sentenció, como si eso fuese todo lo que necesitaba.

—Pero tendrás que conocerla un poco mejor —insistió—. Hacerle algunas preguntas para saber si sois compatibles.

Sonreí. Era lo lógico. Al fin y al cabo, íbamos a compartir espacio, incluido el del baño.

—¿Y qué quieres que le pregunte?, ¿si es una narcotraficante? —planteó Lucas.

—Si es una narcotraficante, la verdad es que no creo que te lo confiese —convino el propio Marcelo, a lo que Lucas cerró los ojos y asintió, satisfecho, porque su razonamiento estaba ganando puntos.

—Bueno —intervino Rebe, chistosa—, eso depende del grado de sinceridad del narcotraficante en cuestión.

—Yo no lo contaría —aseguró Marcelo—. Preferiría mantener el misterio, rollo identidad secreta, guapísimo gay de día, guapísimo narco de noche.

Mi sonrisa se ensanchó un poco más, sobre todo por cómo había perdido la mirada al frente, cargada de dramatismo. Elisabeth Taylor hubiese estado muy orgullosa de él.

—Pues yo sí —apostilló Rebe—, a lo Pablo Escobar. Si fuera una criminal buscada por la CIA, también querría la gloria.

Buen razonamiento.

—¿Y tú? —preguntó Marcelo, pillándome por sorpresa.

Rebe también llevó su vista hacia mí, incluso a Lucas pareció interesarle repentinamente la conversación. Aque-

lla pregunta se había convertido en una manera perfecta de evaluarme.

Yo, ni tímida ni extrovertida, sino en mi cómodo punto medio, decidí torcer los labios y meditar la respuesta. Si el premio a ese examen era un piso a un precio asequible en un barrio bastante decente, bien merecía el esfuerzo.

—Creo que preferiría el anonimato —contesté al fin—. Si nadie supiera quién soy, tendría más libertad de movimiento para realizar mis operaciones. Además, podría hacer cosas del estilo infiltrarme entre mis propios hombres para saber si alguno me ha traicionado —aseveré, tocándome la nariz con el índice, el gesto universal de «En los negocios de la calle, hay que estar alerta».

Los tres me observaron sin decir nada, lo que me puso todavía más nerviosa, hasta que Lucas asintió.

—Buen argumento —afirmó.

Sonreí. Había pasado el examen.

—Es que aquí, nuestro Lucas —empezó a explicarme Marcelo, acomodándose en su silla de plástico y metal— es la cosa más *Be water, my friend* que hayas visto. No se altera, nunca, y cree y confía en cualquier ser vivo que habite en el planeta. Yo creo que es por pasarse tanto tiempo cerca del agua del mar.

—¿Dé dónde eres? —pregunté.

—De Cádiz —contestó—, y no te rías —añadió, risueño, refiriéndose a Marcelo—, el agua del mar te cura hasta los catarros.

Mi sonrisa se ensanchó.

Yo también había pasado mucho tiempo cerca del mar.

—Estoy completamente de acuerdo —apostillé.

Lucas asintió, satisfecho, y me sentí muy bien por dentro. Acababa de llegar a una nueva ciudad, a una nueva universidad, y todo eso me ponía nerviosa, nervios bue-

nos y malos, pero, con ellos, justo en aquella mesa de cafetería, sentí que había dado el primer pasito.

* * *

Regresé al hostel, recogí todas mis cosas y, aventurándome de nuevo en el metro, llegué hasta Lavapiés, mi nuevo barrio. Al subir las escaleras de la estación, aparecí en mitad de una coqueta plaza y no pude evitar sonreír. Me gustaba el ambiente, las callecitas en cuesta, las fachadas de los edificios y cómo adornaban las callejuelas más estrechas, colgando, de pared a pared, abanicos de colores. Los modernos murales urbanos, llenos de color, se mezclaban con los carteles de los bares y las tiendas más antiguos, creando una especie de fusión mágica... eso que, en realidad, debería ser siempre una ciudad, una sociedad; dejar paso a lo nuevo, conservando la esencia de lo que nos ha hecho ser quienes somos, alentar nuestra capacidad de evolucionar, respetando todos nuestros recuerdos. Definitivamente, Lavapiés era un buen rincón para vivir.

Ni el piso ni mi habitación estaban nada mal. Los dos eran pequeñitos y sencillos, tal vez un poco viejos, pero muy bonitos, y lo que más me gustó fue que mi dormitorio tenía una ventana enorme con los marcos de madera blanca que daba a la calle, al bullicio de gente paseando. Era genial.

Guardé mi ropa en el armario, tamaño estándar de Ikea, hice la cama con mis sábanas y la colcha que me había regalado mi abuela, coloqué el portátil, mis libros y mis apuntes a medias entre la mesa y la pequeña estantería y dejé mi diario en la mesita. Oficialmente, ya estaba instalada.

Me di una vuelta por la casa y de regreso en el salón di una bocanada de aire con una sonrisa. Lucas y Rebeca

estaban en casa de ella y Marcelo se había quedado en la biblioteca, aunque no llevaba el portátil ni libros ni nada.

Decidí ampliar el concepto de vuelta por el piso a por el vecindario y, de paso, comprar algo para la cena. Aún no sabía cómo tenía organizado Lucas ese tema, si querría que compartiésemos la comida o preferiría que dividiésemos el frigo por baldas. Me gusta cocinar, aunque no soy ninguna *masterchef*; lo mío es más la cocina de supervivencia, que es una manera de quedar bien cuando tu plato estrella es la ensalada y los macarrones con tomate.

Fui de calle en calle, con una suave sonrisa en los labios, contagiada de las que veía en las personas que charlaban animadamente o caminaban como yo, fijándome en los escaparates, los sonidos, los olores... en una palabra, del ambiente, y mi sonrisa se tornó enorme cuando llegué a La Casa Encendida, el centro cultural y social del barrio. Se trata de un precioso edificio de principios del siglo xx, cuya fachada simétrica combina el ladrillo visto y el granito, lo que lo hizo innovador en su época, y la más de una decena de toldos de colores, cada uno con un motivo diferente. La gente entraba y salía con fundas de instrumentos musicales, con las manos manchadas de pintura, entremezclándose con los padres que llevaban a sus hijos a alguno de los espectáculos infantiles. Era el centro de la magia de Lavapiés y conseguía que las chispitas se expandieran por cada calle.

Aunque estábamos en septiembre, el calor apretaba aún con fuerza, así que, de vuelta a casa, dispuesta a combatirlo, me compré un helado.

Sonreí por enésima vez cuando usé de nuevo mis recién estrenadas llaves y entré en el piso, un tercero sin ascensor; eso me entusiasmaba un poco menos, pero era un obstáculo más que salvable.

Cerré a mi paso y fui directa a la cocina, canturreando *Como lo tienes tú*, de Pereza.

Dejé la bolsa sobre la encimera, la abrí y empecé a guardar las cosas que había comprado en un súper pequeño, que había encontrado a unas calles de casa, al tiempo que ya no tarareaba, sino que cantaba en toda regla e incluso bailaba, todo sin dejar de comer mi helado. Estaba muy bueno y yo tenía esa extraña mezcla de sed y calor que solo puedes combatir con un polo o una cerveza helada, eso ya depende de la sed —y el alcoholismo— de cada uno.

Cerré el armario donde acababa de meter el pan de molde, rechupeteé mi helado, me giré... y solté un grito a la vez que contuve un salto y me llevé la mano al pecho, de nuevo sin soltar mi helado; soy toda una profesional en lo que a Colajets se refiere.

Nico estaba de pie, con el costado apoyado en el marco de la puerta y los brazos cruzados, tan alto como lo recordaba y con el cuerpo tan perfectamente fibroso y delgado como ya sabía, por algo lo había radiografiado con rotunda exactitud en la cafetería. Tenía el físico de ese tipo de tíos que, en realidad, no hace nada especial para tenerlo —lo que es sumamente injusto, y, por alguna extraña razón, aún más atractivo—, salvo el mundialmente conocido deporte de conocer chicas en horizontal a diestro y siniestro.

Tenía el inicio de una media sonrisa en los labios que claramente era por mí y no conmigo y no dijo una palabra; solo me miraba con el descaro de quien es consciente de que las chicas, cuando lo veían, lo describían como yo lo acababa de describir, es decir, un cabronazo engréido... o podía ser que, simplemente, no tuviese el más mínimo interés en mí, porque, sí, también estaba claro que Nico era de esos bastante selectivos con respecto a quien prestaba atención, y no se molestaba en fingir que estaba dispuesto a compartir tiempo y conversación contigo si no es lo que quería hacer.

—Creía que estaba sola —dije con la imperiosa necesidad de excusarme por cantar, bailar y comer helado como si estuviera en un cuadro de Keith P. Rein... sobre todo, por esto último.

Nico siguió en silencio, pero no levantó sus ojos de mí y, por supuesto, no hizo ademán de ocultar su sonrisa.

—Lucas está en casa de Rebe, si lo estás buscando a él —comenté.

Mi voz se apagó un poco. ¡Estaba tan nerviosa! Pero no me culpéis. Diecinueve años recién cumplidos, la primera vez que estaba lejos de casa, de mi familia, de mi ciudad. ¡La primera vez que estaba en mi propio piso! Y, en mitad de ese mar de emoción, miedo y burbujitas en el estómago, tenía que lidiar con el chico más guapo que había visto nunca y que no había podido dejar de mirar en la cafetería más de tres segundos seguidos... y lo del helado, sí, ese era un detalle que tener en cuenta.

No me malinterpretéis, no soy un gusanito de biblioteca ni nada por el estilo, pero tampoco me he escapado del colegio de Élite. Por cierto, si ese centro está inspirado en uno real, deberían avisar a Sanidad, a Servicios Sociales y, con toda probabilidad, a los bomberos, para que vayan a poner un poco de orden y a hacer unas mil quinientas pruebas del virus del papiloma humano.

—Yo... yo acabo de instalarme.

El calor y mi Colajet decidieron ponerme las cosas un poquito más difíciles: dos gotas de helados resbalaron por el reverso de mi pulgar y se estrellaron contra el suelo.

—Deberías chupar —dijo.

¿Qué?

—¿Qué? —murmuré, absolutamente conmocionada.

¿Qué?

Fue demasiado impactante para solo dos «¿qué?» alucinados.

Su sonrisa se hizo un poco más grande.

—Deberías chupar tu helado —y pronunció la primera y, sobre todo, la segunda palabra con alevosía, casi con tortura, como si estuviese acostumbrado a provocar ese tipo de reacciones saturadas de un tsunami de hormonas y le divirtiese ser el responsable.

Y, curiosamente, eso me hizo reaccionar. Puede que fuese una versión más moderna y, por Dios, espero que con más estilo, de Paco Martínez Soria en una de sus películas del pueblo a la gran ciudad, pero tenía cerebro, sabía usarlo y ningún chico, por muy guapo que fuera, iba a hacerme quedar como una masa de plastilina caliente que solo sabe decir «¿De rodillas o tumbada, señor?».

Mandé el deseado impulso eléctrico a mis piernas, me giré y lancé los restos del Colajet a la pila. Cogí una servilleta y rápidamente me limpié la mano y, en un hábil movimiento, el suelo.

—Problema resuelto —sentencié y, fingiendo que ni siquiera compartíamos continente, volví a mi tarea de guardar las pocas cosas que quedaban en la bolsa.

Sin embargo, seguía sintiendo la necesidad de llenar el aire con palabras y no tenía la más remota idea de por qué.

—¿Tú también vives por aquí?

De reojo, mientras llevaba las manzanas al frigo, lo vi negar con la cabeza. Podría haber simulado que le estaba haciendo tan poco caso que ni siquiera lo había visto, pero los dos sabíamos que, en el fondo, estaba más que pendiente de él.

—En Malasaña —respondió.

Torcí los labios, conteniendo una sonrisa. Malasaña fue territorio de la Movida, lo que hacía que sencillamente me encantase, como si fuera un lugar con galones en la historia de Madrid. Por allí pasaron Loquillo, Álvaro Urquijo o Alaska, las canciones que tocaban en el Penta resonaron por sus calles y desde ese lugar le explicaron al

mundo que era hora de enamorarse de la moda juvenil, de los chicos, de las chicas y de los maniquís. Con el paso de los años se convirtió en un barrio de los que yo llamé HBO, demasiado raros y con gente demasiado fascinada de conocerse como para ser de verdad, pero lo cierto es que, por muchos hípsters que lo invadiesen luego, ese rincón de la ciudad seguía siendo especial, como si cada adoquín que pisó Antonio Vega cargando su guitarra desprendiera magia.

—¿Y compartes piso?

Empujé la puerta de la nevera y dejé que se cerrara sola mientras yo volvía a la encimera, donde descansaba la bolsa. La cocina era más grande de lo que parecía. Tenía bastante espacio para ir de un lado a otro, como una *femme fatale* que finge que no le tiemblan las rodillas.

Nico volvió a negar con la cabeza, sin molestarse en pronunciar más palabras de las necesarias.

Me encogí de hombros como respuesta. Si quería una conversación lacónica, por mí, iba a tenerla.

Por supuesto que no tenía compañeros. En un picadero nunca debe haber testigos que puedan decir «Sí, señor juez, la susodicha gritaba como una loca mientras pedía que, por favor, por favor, no parase» en una demanda de divorcio.

Fui a buscar otro paquete que sacar de la bolsa y guardar, pero es que ya no quedaba nada más. Maldita sea, tendría que haber comprado más cosas. Tocaba seguir fingiendo sin nada entre las manos. Mentalmente, respiré hondo, me recordé aquello de que no era ninguna idiota sin cerebro y me giré, apoyándome de inmediato en la encimera cuando lo tuve de frente.

¿Por qué me estaba empeñando en llevar el peso de aquella conversación? Que se lo currara él un poco e hiciera algo más que estar ahí plantado, siendo injustamente atractivo. Me quedé observándolo, tratando de incomo-

darlo o, al menos, de crearle la ingente necesidad de hablar, pero él me mantuvo la mirada con cero problemas y una actitud que decía tres cosas: «Todo lo que tengo de guapo, lo tengo de canalla», «No me arrepiento de nada» y «No juegues a un juego que no vas a ser capaz de ganar».

Maldición.

Era como Maxi Iglesias, pero el cercano ya a los treinta, después de haberse dado un chapuzón en el lago donde Giorgio Armani sumerge a todos sus supermodelos sujetándolos del talón para que emerjan llenos de atractivo.

Y lo sabía. Eso era lo peor de todo. El muy engreído lo sabía.

Sin que ninguno de los dos lo pretendiese, por lo menos yo no lo hice, el ambiente cambió de golpe. Mi respiración se aceleró y el corazón comenzó a latirme con tanta fuerza que temí seriamente que él pudiese oírlo. Me gustaba muchísimo... Ahora es cuando ponéis los ojos en blanco, pronunciado un «¿De verdad? No nos habíamos dado cuenta», pero es que había algo más, algo mucho más kamikaze y también infinitamente más divertido: quería que fuéramos al cine, a cenar a algún restaurante diminuto y precioso al que habríamos llegado corriendo y riendo, cobijados en su chaqueta después de que una tormenta nos sorprendiera, pero también quería que nos besáramos como dos locos, que me tumbara en el suelo de la cocina y me hiciese gemir su nombre en dieciséis idiomas distintos mientras él se hundía una y otra vez en mí, con ganas.

Sí, mis fantasías habían pasado de románticas o romántico picantes, como me había pasado con todos los chicos anteriores que las habían protagonizado, a estar repletas de *hot* expectativas, y me resultaba emocionante, excitante y nuevo. Nico, en ese momento de apellido desconocido, y Mía Nieto, la que suscribe, estaban *on fire*.

Lo siguiente que oí fue mi propio gemido mental y, de inmediato, me obligué a carraspear.

—¿De dónde eres? —pregunté, básicamente por la preocupación ingente de que otra parte de mí tomara el control y se adelantase para decir «¿Crees que el suelo estará demasiado frío?».

Él continuó observándome con esa expresión de baja-bragas, sin duda alguna un calificativo perfecto.

«¿Por qué no te lanzas?» me sugirió la misma voz que claramente sería la responsable de las malas decisiones que iba a tomar en el futuro. «¿Qué puede ser lo peor que pase?, ¿que te diga que no? En cambio, la recompensa podría ser que tus fantasías se hicieran realidad, y este chico tiene pinta de ser un experto en eso de comprobar la temperatura de los suelos de las casas ajenas... pero, en el supuesto de que lo hiciese, ¿cuál sería mi *modus operandi*?» Me refería a gramática pura y dura, a palabras: «Eres el primer chico que hace que así, de pronto, tenga un volcán entre las piernas, ¿nos revolcamos?» No era virgen, había tenido mis aventuras, pero siempre había sido más de dejarme llevar que de desear con ímpetu.

No debería ser tan difícil.

Tuve la sensación de que Nico iba a decir algo, quizá contestar a mi pregunta, la sana y normal que había pronunciado, pero, entonces, la puerta principal sonó, abriéndose, la voz de Lucas hablando por el móvil flotó hasta la cocina y la burbuja se rompió de golpe.

Nico se volvió hacia él, aún en el rellano, se saludaron con un choque de manos e iniciaron una rápida conversación acerca de tomar unas cervezas «porque hace un calor de la hostia» y, simplemente, dejé de existir para él, como si solo hubiese sido un entretenimiento hasta que llegara la persona a la que de verdad quería ver. Aunque, siendo justas y sinceras, él no había hecho nada, todo había sido

propiciado por mí, de palabra, pensamiento, obra y omisión.

—¿Te vienes, Mia? —me preguntó Lucas, asomándose a la cocina.

Tardé un segundo de más en volver por completo a la realidad. Suspiré mentalmente de puro alivio porque mi recién estrenado compañero de piso hubiese aparecido justo a tiempo de evitar que le propusiese a un prácticamente desconocido tener sexo en la cocina y comprendí y me reñí porque esas cosas no podían pasar. Yo tenía que ser yo, Mia Nieto, no un saco de hormonas con unas sandalias bonitas.

—Sí, claro —respondí.

Esa fue la primera vez que Lucas, Rebe, Marcelo, Nico y yo salimos juntos. El día que, oficialmente, nos convertimos en una pandilla. Las *hot* expectativas tendrían que quedar aparcadas.

Como me gustaría poder decir que me obedecí al pie de la letra.